

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

16



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1975

LOS NEGROS, SU IDIOSINCRASIA, COSTUMBRES Y VIDA EN LAS DOS AMÉRICAS

DR. EDMUND STEPHEN URBANSKI
Howard University

EL PROBLEMA NEGRO en las Américas está históricamente ligado a la lamentable esclavitud, que tiene antecedentes en varias partes del mundo. La esclavitud fue cultivada desde tiempos inmemoriales en Asia, África, Europa y aun en América, donde ya fue conocida entre algunas tribus indígenas precolombinas. Éstas, a veces, sacrificaban a los esclavos a sus dioses paganos. De un lado, la esclavitud fue consecuencia de guerras que convertían a los prisioneros en esclavos, quienes tenían que trabajar por los vencedores; de otro lado, resultó de la captura de unos grupos por otros dentro de la misma raza, con el propósito de venderlos a quienes querían adquirirlos. Los imperios de Babilonia, Persia, Egipto, Grecia y Roma, que extendían su dominio a otros países, practicaron la esclavitud como cosa corriente; también los sultanes y caciques de algunos países de África.

Cuando el imperio romano conquistó a otros países europeos, africanos o asiáticos, en la capital romana y en sus campos aparecían los esclavos, que ostentaban varios colores de piel, confesaban distintas religiones y hablaban diversos idiomas. A veces esos esclavos por tener una alta cultura, se convertían en conquistadores espirituales de los vencedores. Caso conocido es el de los griegos quienes llegaron a ser maestros de sus menos civilizados amos romanos. Los árabes que dominaron a España y Portugal durante ocho siglos (711 a 1492), tenían no pocas gotas de sangre negra. Mezclándose con los peninsulares, les inyectaron algunos rasgos de la cultura africana, por cuya razón Miguel de Unamuno dijo en cierta ocasión que "España es medio africana". Las guerras posteriores entre los españoles y los moros produjeron esclavos en ambos lados. Notable es el caso de Cervantes, quien como esclavo turco en Argelia fue rescatado por unos misioneros. Las tribus germánicas, con el viejo

afán imperialista de extender su dominio a los territorios de sus vecinos eslavos, no raras veces los capturaban, esclavizando, así, a los obotritas y sorbios e "incorporándolos" a su raza. En nuestros tiempos, el más notorio es el caso de la Segunda Guerra Mundial cuando los alemanes, antes de ser vencidos, esclavizaron a varias naciones europeas. Las obligaron a trabajos forzados, matando a la vez a millones de judíos, polacos, rusos, etc. Este *genocidio* con su falsa "superioridad" racial, que a menudo se asocia a la esclavitud, todavía no se ha olvidado en los anales modernos.

Los españoles y los portugueses introdujeron a los esclavos negros en sus colonias americanas en el siglo XVI. Les llevaron de África para que sustituyeran a los indios, quienes por ser físicamente más débiles, no podían aguantar la rigidez laboral en las minas y plantaciones, pero quienes prestaban sus servicios en otras faenas agrícolas. El trabajo de los esclavos negros contribuyó, en varios grados, al desarrollo económico de la América colonial. El ejemplo esclavista ibérico lo siguieron un siglo más tarde los colonos ingleses, sobre todo, en las plantaciones del sur. Allí, los negros equivalían a los indios esclavizados, quienes en números mucho más elevados, trabajaban para sus amos en Hispanoamérica. Aunque la tremenda mayoría de los esclavos eran africanos, según nota Aquiles Escalante, no fueron raros los envíos de esclavos blancos, especialmente en la primera mitad del siglo XVI. Entre ellos predominaron las mujeres.

El "comercio negro" o sea la "trata" fue cultivado por las naciones latinas como por las anglosajonas. El investigador chileno, Rolando Mellafe, en su monografía *La esclavitud negra en Hispanoamérica* (Buenos Aires, 1964), señala que los centros directivos del comercio negro se encontraban en Guinea, Lisboa y Sevilla. Mientras tanto, los principales puertos de entrada para los barcos negreros fueron Campeche, Veracruz, La Habana, Cartagena, Portobello, Panamá y Caracas. Participaron en este negocio abominable los *barcos negreros* bajo la bandera holandesa, portuguesa, francesa, inglesa, y más tarde, la estadounidense y la de algunas repúblicas hispanoamericanas. Durante la época colonial, los barcos negreros gozaban de la protección de los convoyes españoles, que acompañaban a las flotas empleadas en el comercio entre España y América. Pocos barcos negreros y sólo al principio, izaban la bandera española, puesto que España prefirió conceder las concesiones llamadas *asientos* a las compañías extranjeras a quienes cobraba altos derechos. Satisfizo, así, los mandatos morales que no permitían a los españoles inmiscuirse en tales asuntos, que a veces eran objeto de controversias teológicas. Las motivaciones religiosas españolas exigían, por lo menos al principio, que los esclavos introducidos a América ya fueran bautizados y estuvieran algún tiempo al cuidado de buenos cristianos.

Según calculan Wagley y Harris, durante tres siglos de la "trata" negra se trajeron más de quince millones de africanos al Nuevo Mundo. De este número, más o menos diez millones correspondían a Latinoamérica y alrededor de cinco millones a lo que ahora son los Estados Unidos.¹ Por abominable que fuera, la "trata" debió haber sido provechosa tanto para los mercaderes negreros como para los plantadores, quienes se beneficiaron del trabajo esclavo a través de generaciones. Al parecer, el trato de los esclavos negros, salvo indudables casos de crueldad criolla y mestiza, ha sido algo mejor que el de los no menos esclavizados indios. Tal hecho se debía indudablemente a inversiones de dinero que los hacendados hicieron en adquirir las nuevas manos de obra, así como por querer utilizarlas de la mejor manera. Lo afirman las observaciones del historiador Sergio Arboleda, quien dice: "Los negros en su esclavitud son bajo la Colonia menos desgraciados que muchos de los indios que se llaman libres. El interés de su señor, que los considera un capital suyo y sabe que su descendencia le pertenecerá, procura su conservación y aumento".²

Los negros, debido a sus buenas condiciones físicas e inteligencia, no raras veces llegaban a ser capataces, utilizándose los también para castigar a los indios. Conocidos son los casos de los negros *cimarrones*, también llamados *montuvios*, quienes escapándose de las haciendas donde se les maltrataba, se internaban en las selvas donde arrebataban a los indígenas víveres y, a veces, sus mujeres. Dichas circunstancias, por lo visto, no mejoraban las relaciones interraciales entre los negros e indios, despertando entre aquéllos el sentido de superioridad y ahondando entre éstos el sentido de humillación e inferioridad. Los ecos de tales actitudes del pasado todavía se notan en ciertas comarcas de los países grancolombianos, donde, como afirma Manuel Zapata Olivella, los negros a causa de sus habilidades se consideran superiores a los menos aculturados indios.

En las áreas compartidas por ambos grupos étnicos, se dan casos de mezcla racial entre negro e indio que se llama *zambo*. Mientras tanto, el producto de la mezcla entre negro y blanco, que se denomina *mulato*, da origen a la *civilización mulata*. Esta civilización consiste en la interacción de valores y rasgos culturales y costumbristas de las dos razas, con todas sus características anímicas. Al parecer, en muchos casos lo occidental domina lo africano, por cuya razón E. Caballero Calderón afirma que "el mulato se siente más cerca de Europa que de África". La civilización mulata logró considerable

¹ WAGLEY, Charles and HARRIS, Marvin, *Minorities in the New World* (New York, 1964), pp. 88 y 120.

² ARBOLEDA, Sergio, *La Colonia. Su situación política y económica* (Bogotá, 1951).

importancia en varias comarcas septentrionales de Sudamérica, se extendió en la América del Caribe, y se nota en muchas regiones del Brasil. Son áreas, en su totalidad, tropicales. Según relata Fernando González en su obra *Los negroides* (Medellín, 1956), las influencias mulatas, o sea, negroides, se extienden con frecuencia aun a las zonas sudamericanas ligeramente pobladas de negros. Tales son algunas regiones de Colombia, Ecuador y Venezuela, donde se nota el impacto de la mentalidad mulata en el modo de vivir del ambiente mestizo. El desarrollo de la civilización mulata sigue diferente rumbo en los Estados Unidos. Pese a su aculturación, los densos núcleos negros del sur no han alcanzado todavía todos los beneficios de la civilización angloamericana, que son más accesibles a los menos numerosos pero más dinámicos grupos del norte y medioeste. Pero, en uno y otro caso, el impacto negro sobre la vida estadounidense sigue creciendo. En vía de comparación, se puede decir que hay no pocos negros hispanoamericanos que se sienten tan "latinos" como los demás sectores de Hispanoamérica. Mucho más sentido de igualdad despliegan los negros estadounidenses respecto a sus conciudadanos "anglosajones". Debido a la preparación educativa y profesional, ya emergió un sector negro-estadounidense, que ostenta superioridad intelectual sobre sus coterráneos negro-hispanoamericanos. Éstos retuvieron mucho más rasgos del tradicionalismo ancestral africano que aquéllos. Por eso, la intensidad asimiladora negra a la cultura angloamericana no puede sino considerarse como parte del mismo proceso orgánico-civilizador, al cual está sometido cualquier grupo étnico en los Estados Unidos.

La economía colonial española de plantaciones favorecía la esclavitud, porque estaba basada en la agricultura tropical de exportación, que rendía mejores beneficios que otro tipo de cultivo para fines domésticos. Fue un *sistema esclavista* que agudizó, a la vez, la división de la población colonial, haciendo una rigurosa distinción entre los amos y los siervos, con sus respectivos privilegios y deberes. En su esencia, fue una especie de paternalismo regional que tenía sus reflejos también en aplicaciones políticas. Como sistema social de tipo económico, se desprendió de la *mentalidad de plantaciones*, la cual se identifica con la explotación humana mediante procedimientos inescrupulosos. Esta mentalidad encajaba en la estructura de la Hispanoamérica colonial y encontraba parentesco en el igual sistema esclavista, que se desarrolló en el sur de las colonias inglesas. Fue un sistema inhumano y de vejación para todos los que fueron sus víctimas.

En esa situación colonial de dependencia económica de muchos frente a un solo latifundista, no faltaron, sin embargo, en Hispanoamérica casos de liberación de esclavos o sea *manumisión*. Se les ponía en libertad como premio por los servicios rendidos durante la conquista y después, a veces, por fidelidad del

esclavo para con su amo o por exceso de manos de trabajo, cuando su mantenimiento no era económico. Los esclavos podían también obtener su libertad, repagando al patrón el precio original de su compra, lo cual era posible ya que a algunos esclavos se les permitía poseer propiedad. En tales circunstancias, según menciona Mellafe, no faltaban *negros libres* con dinero, que conseguían para sí esclavos indios. A veces, los *indios libres* como artesanos adinerados compraban a los negros, convirtiéndose en amos de esclavos. Los investigadores de la esclavitud, citando aquellos casos, dicen que la *manumisión* fue favorecida por la Iglesia Católica con su doctrina de igualdad espiritual ante Dios. Mientras tanto, el protestantismo calvinista fue ideológicamente adverso, pero no los cuáqueros que resentían la esclavitud como cosa inhumana y, por eso, abogaban por su abolición con otros grupos abolicionistas yanquis.

La situación de los esclavos nunca fue satisfactoria. De un lado, se abusaba de ellos, y por eso, no pocos esclavos negros se escapaban. De otro lado, desarraigados de su nativo suelo africano, a causa de su maltrato y prejuicios, les faltaba la voluntad para el trabajo, que hacían mayormente bajo látigo. A menudo se separaba a las familias esclavas, lo cual producía rencor y odio, factores contraproducentes a su satisfacción personal. Desde el punto de vista moral, la esclavitud fue una mancha negra sobre la pudiente sociedad colonial, tanto española como inglesa.

Poco conocido es el intento de aliviar la esclavitud que se remonta a la guerra de independencia de los Estados Unidos. El héroe polaco de aquella guerra, general Tadeusz Kosciuszko, se compadeció de la vida sufrida de los negros. Por eso, al abandonar los Estados Unidos en 1789, autorizó a su amigo Tomás Jefferson que utilizase la compensación que le ofreció la república agradecida por sus servicios militares, "a libertar a los esclavos de éste y de otros en su nombre, proveerlos con la oportunidad de educación y en prepararlos para su nueva vida mediante instrucción en sus obligaciones morales para que se volvieran buenos vecinos, buenos padres y buenas madres, y que por medio de la enseñanza de sus deberes civiles pudieran llegar a ser defensores de su propia libertad y la de su país".

Según parece, no faltaron ciudadanos estadounidenses que sentían semejante simpatía hacia solucionar el problema esclavista a la sazón, ya que algunos negros hacían causa común con sus amos blancos en lo que se refería al librarse del yugo colonial inglés. En tal respecto hay que recordar que durante la famosa "masacre de Boston" en 1770, el negro Crispus Attucks fue el primer hombre que cayó de las balas inglesas en la defensa de la libertad estadounidense. Por eso y como lo anota el investigador negrocolombiano Lozano Gar-

cés, "Tomás Jefferson intentó condenar con énfasis y claridad la esclavitud negra, pero su noble propósito no tuvo el respaldo de los demás signatarios de la Declaración de Independencia".³

La institución de la esclavitud en la Hispanoamérica colonial empezó a perder terreno por varias causas. La disminución de la exportación del azúcar a Europa a fines del siglo XVII, hizo poco provechoso el mantenimiento de esclavos cuyo trabajo no siempre rendía los beneficios esperados. Otra causa fue el incremento del mestizaje, "capaz de reemplazar al esclavo en calidad de fuerza de trabajo asalariada". El trabajo de los mestizos rendía mejores resultados económicos, cuando en tal mestizaje participaron los mismos negros e indios, ya como peones o inquilinos. Hay varios nombres para tales mezclas étnicas como mulatos, mestizos y zambos, introduciéndose últimamente también el de *afromestizos*. Mellafe cree que "el mestizaje es uno de los factores regionales más importantes de la decadencia de la esclavitud negra en Hispanoamérica". Tampoco se puede despreciar el impacto de las ideas racionalistas de la Ilustración dieciochesca, con su énfasis en la igualdad y los derechos del hombre. No cabe duda que esa ideología hizo brecha en la mentalidad colonial, llevando a la vez la esperanza de desprenderse de los crecientes impuestos que la metrópoli europea imponía a sus posesiones americanas. El golpe final a la esclavitud lo dio, desde luego, el capitalismo industrial que se basaba en el sistema del asalariado y en la eficacia de trabajo, del cual carecía el sistema esclavista.

Los Estados Unidos heredaron el *sistema esclavista* de los ingleses junto con semejante sistema francés, que resultó de la adquisición de Francia del territorio de Luisiana en 1803. Las prácticas de los plantadores sureños, cuyas riquezas derivaban del cultivo de azúcar, algodón y tabaco, mediante el trabajo de los esclavos negros, causaban mucho descontento del celoso e industrializado norte del país. Fue allí donde se refugiaban los *cimarrones* del sur y lo abandonaban los *freedmen* o sea negros libres, quienes encontraban en el norte mejores oportunidades de vida. El *movimiento abolicionista* yanqui, en que se fusionaron razones humanitarias con las económicas, movilizó la opinión pública y se transformó en poderosa fuerza política. Entre los estados del norte y del sur estalló una sangrienta *guerra civil*, en la cual pereció casi un millón de hombres blancos y no pocos soldados negros. Durante esa guerra el presidente Lincoln abolió la esclavitud en 1863. Según parece, los acontecimientos norteamericanos influyeron en el sentimiento abolicionista del Brasil, donde la *emancipación* de los negros realizóse en 1888. La abolición allí provocó, sin

³ LOZANO GARCÉS, Ramón, "Dimensión universal del negro", ensayo publicado en la *Rev. Universidad de Antioquia*, No. 171 (Medellín, 1968).

embargo, descontento entre los conservadores, lo cual, junto con otras causas internas, precipitó la transformación del imperio del Brasil en la república federal al año siguiente. Descontento y resentimiento estallaron también en el sur de los Estados Unidos durante el período de la "reconstrucción", cuyos ecos provocan todavía amargos recuerdos entre los descendientes de los "confederados", vencidos por los "unionistas" norteamericanos.

En Hispanoamérica, la abolición comprendió a pequeños y medianos grupos de negros que allí vivían y, en algunos casos, también a aquellos indios que legalmente se encontraban en el estado de esclavitud. Entre los nuevos gobiernos republicanos, algunos proclamaron la emancipación unos años después de lograr la independencia, otros todavía vacilaron. México, Centroamérica y Chile, donde la esclavitud carecía de importancia económica, fueron los primeros en abolirla. En otras naciones, debido a la oposición de los hacendados-esclavistas que no querían desperdiciar las oportunidades económicas, se promulgaron leyes de *emancipación gradual*. Colombia, Venezuela, Ecuador y Perú abolieron definitivamente la esclavitud durante la década de 1850. Es interesante notar que Inglaterra declaró la *abolición* del "comercio negro" en sus colonias en 1807, siguiéndola con la de la esclavitud en 1834. El ejemplo británico lo siguieron Francia (1848) y Holanda (1863). Para erradicar tan abominable negocio, la corona británica se sirvió de la vía diplomática al firmar tratados con las naciones americanas e imperios europeos que tenían colonias en América. A tal respecto, gran influencia moral la ejerció la *bula* papal de 1839, que no sólo condenó la esclavitud sino también amenazó con la excomunión a los que se dedicasen al "comercio negro". Esta doble intervención británico-papal, según se cree, junto con la buena voluntad de los gobernantes hispanoamericanos, dio el golpe final al tráfico negro entre América y África. Puerto Rico y Cuba, que todavía estaban bajo el dominio colonial de España, lograron libertar a sus esclavos negros en 1873 y 1886, respectivamente.

Desgraciadamente, la emancipación no resolvió los problemas que anhelaban algunos emancipadores. Los intereses económicos de muchos plantadores hispanoamericanos y estadounidenses eran más fuertes que el idealismo político de los gobiernos. Por eso, según observa Magnus Mörner, las consecuencias de la abolición negra en Afro-Latinoamérica no eran muy positivas. Los libertos no tardaban en regresar a las plantaciones en calidad de *jornaleros* mal pagados. Esta situación prevaleció en los países de Hispanoamérica con núcleos de la población negra. En el sur del Brasil, además, los libertos sentían *competencia* con los inmigrantes europeos, aunque éstos evitaban las plantaciones, prefiriendo colonizar tierras vírgenes, las que no atraían a los negros. Una variedad de razones hizo, pues, a los negros seguir una *existencia* com-

pletamente *marginal*.⁴ Su regreso al campo fue casi como un retorno a la anterior tradición esclavista de las plantaciones. Así, ocurrió en la costa del Perú, también en el Caribe y las Guayanas, donde los negros, a su vez, hallaron competencia en forma de nuevos inmigrantes asiáticos, como los indios de la India y chinos. Tales condiciones no pudieron sino fomentar una economía de subsistencia para la gente de ébano.

La situación de los negros estadounidenses, después de la abolición, con corto período de relajamiento cívico, tampoco cambió mucho. Es cierto que durante la época de la "reconstrucción" consiguieron representación parlamentaria y municipal, también algunas ventajas de carácter jurídico. Pero, en su conjunto, no pudieron mantenerlas mucho tiempo, sobre todo, en el "deep South", donde estuvieron expuestos al antagonismo de sus vecinos blancos. Así, los únicos beneficiados fueron los negros más emprendedores que se mudaron a las industrializadas regiones del norte y mediooeste. En estas áreas, su *asimilación* al "American way of life" siguió un camino normalizado, absorbiéndolos la vida granurbana. En tanto, los que se quedaron en el sur, regresaron en su mayoría a las plantaciones, donde seguían sus tareas anteriores. Su nueva condición no era muy diferente de la que existió antes de la emancipación. Wagley y Harris atribuyen tal estado de cosas a la *supremacía blanca*, que abogaba por "la redención del sur para los blancos", fomentando así el conflicto racial. Lo curioso es que entre ellos hubo también (y los hay) un número considerable de "blancos pobres", cuyas condiciones socioeconómicas casi no se distinguían de las de los negros. Unos y otros, como pequeños agricultores-arrendadores, ocupaban áreas que no producían mucho. La existencia marginal de los dos grupos fue resultado de la monopolización de las buenas tierras por el sistema de plantaciones. Las áridas se las arrendaban a los que se contentaban con una cosecha inferior. Tan desigual estructura económica es la clave de la problemática sureña, en contraste con el norte industrializado que mediante prácticas más democráticas, ha fomentado la urbanizada clase media.

El desarrollo industrial y comercial de los Estados Unidos, que llegó a su apogeo en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del siglo XX, exigió más manos de obra. Las necesitaban también varios servicios relacionados con dicho empuje económico. Tales condiciones favorecieron al creciente *éxodo* de la población negra del sur al norte del país, entre la primera y la Segunda Guerra Mundial e inmediatamente después. En este *movimiento demográfico*, los negros mostraron igual movilidad y espíritu de iniciativa que

⁴ MÖRNER, Magnus, "Proceso histórico del mestizaje y de la transculturación en América Latina", Rev. *Aportes* (París, 1969), No. 14.

otros grupos étnicos, desplegando los rasgos favorables de la civilización angloamericana. El inevitable proceso de *urbanización* fomentó un considerable crecimiento de la clase media negra, cuya transición rural-urbana se llevó a cabo con visible mejoramiento de sus condiciones económicas y culturales.

A pesar de que la población negra estadounidense viva todavía en barrios mayormente segregados o sea *ghettos*, gradualmente están desapareciendo las barreras de sus ocupaciones tradicionales. En su lugar, aparece una extensa participación de los negros en las tareas técnicas, profesionales, oficinistas, comerciales, laboral-unionistas y otras. La intensa participación negra en la *política municipal* tiene fuertes efectos, lo que confirma el hecho que cinco ciudades norteamericanas ostentan en 1970 *alcaldes negros*, con la ciudad de Washington, D. C., a la cabeza. Tal fenómeno parece indicar una disminución de prejuicios raciales, ya que solamente dos de esas ciudades tienen población predominantemente negra. Pese a la desigualdad de trato que causa reacciones violentas, se nota que el mejoramiento general de la población negra en los Estados Unidos sigue un camino fijo y trae resultados positivos. A veces la lentitud del progreso origina la impaciencia y explosión del *emocionalismo negro*, responsable del extremismo de sus acciones. Tal cosa encuentra, sin embargo, su equivalente en el extremismo de algunos sectores de la población blanca.

En Hispanoamérica, las desfavorables condiciones económicas en el campo causan el *éxodo* a las ciudades, mayormente, de la población indígena cuya proporción es mucho mayor que la negra. Los negros que viven en densas comunidades de sus respectivos países tanto urbanas como rurales, son más *conservadores* y económicamente menos ambiciosos que los de Angloamérica. Entre ellos, como nos aseguran los sociólogos negros Zapata Olivella y Caballero Salgado, todavía no se ha despertado la conciencia social, aun cuando ostenten un fuerte *sentido* de comunidad *racial*. Estas masas negras hispanoamericanas parecen contentas con lo poco que tienen y, por eso, les falta movilidad e iniciativa. La *iniciativa* se ve sólo entre los negros educados como lo muestran, por ejemplo, los educadores y médicos en Colombia, Venezuela y en el Caribe, quienes se trasladan a otros lugares que les ofrecen mejores oportunidades de vida. Intelectuales, profesionales y políticos negros son contados, pero entre los escritores y poetas no faltan quienes se distinguen en las letras hispanoamericanas. En general, estos autores se identifican orgullosamente con la cultura de sus respectivos países, aun cuando su temática tenga relación con la *négritude*, movimiento cultural que trata de la conciencia negra en el arte y de su afinidad ancestral africana. La *dinámica negra* se manifiesta plenamente en su música y baile. Aunque no faltan casos de terratenientes negros hispanoamericanos, entre la mayoría prevalecen rancheros, pequeños comer-

ciantes, artesanos, labradores, pescadores, etc. Su peso económico está limitado a sus propias comarcas y no tiene dimensiones nacionales, por carecer Hispanoamérica de *millonarios negros*, cuyo número en los Estados Unidos alcanza a casi sesenta (1970). Semejante disparidad se nota también en la educación superior. Mientras los Estados Unidos cuentan ya con más de cien *universidades* y colegios negros, con la Howard University a la cabeza, todavía ninguna ha sido establecida en toda Latinoamérica, inclusive en el Brasil donde la población negra es mayor que la que corresponde a los EE.UU.

En Hispanoamérica, todos los individuos de sangre mezclada, sean éstos mulatos, mestizos o zambos, constituyen hoy junto con los indios, criollos y negros, parte integral de la población de sus respectivos países. Debido a su multacentenario *entrecruce étnico*, en Latinoamérica no existe hoy un problema racial tan agudo como en algunas partes de los Estados Unidos, donde prevalece cierta *homogeneidad étnica*, formada por la gente blanca. Este gente ve a menudo a sus minorías étnicas como individuos extraños, sobre todo, si ostentan diferentes rasgos somáticos y distintas costumbres. Los angloamericanos, con notables excepciones, prefieren que los "otros" conciudadanos se asemejen y actúen como ellos. Aun cuando el cosmopolitismo migratorio estadounidense de los últimos cien años difícilmente justifique esta postura psicológica, ésta existe como una *peculiaridad idiosincrática*. Desde luego, hay que tomar en cuenta también la diferencia en las actitudes y costumbres entre el más liberal norte y el más conservador sur de los Estados Unidos.

A veces se tiene la impresión de que dicha peculiaridad idiosincrática es una reacción de los "viejos" angloamericanos frente a la amenaza a su propio modo de vivir de las influencias ajenas, las cuales invaden su "santidad" mental y costumbrista. Parece que ésta es la causa de no pocos prejuicios, que extrañamente existen lado a lado del liberalismo intelectual y económico. Algunos sociólogos creen que la falta de tolerancia es un resultado del todavía no bien sentado conglomerado racial norteamericano, en el cual cada grupo étnico-cultural intenta imponer sus propias actitudes mentales y costumbres. Eso es lo que causa los choques inevitables que presenciamos. Al parecer, a los Estados Unidos todavía les falta tiempo para que llegue a consumarse el proceso final del ablandamiento étnico-ideológico con sus dimensiones polifacéticas. Quizá esto explique las desigualdades existentes, de las que tampoco carecen otras sociedades con tradición mucho más antigua que la norteamericana.

En vista de tales circunstancias vale la pena examinar la participación negra en el desarrollo general de los Estados Unidos. Durante las últimas décadas, la comunidad negra ha logrado un alto grado de *cohesión espiritual*, de la cual se deriva su *dinamismo de acción*. Estos elementos le permitieron

extender la participación más activa a varios campos de la vida angloamericana. Así, aumentó considerablemente el número de abogados, jueces, médicos, profesores, artistas, escritores, arquitectos, dentistas, oficiales del gobierno federal y municipal, del ejército, técnicos, comerciantes y pequeños industriales negros. Su peso crece en la educación, ciencias, televisión y prensa, así como en el entretenimiento, deportes, vida religiosa y política. Son hechos sorprendentes, a veces, para los extranjeros, quienes están acostumbrados a oír casi sólo de las disparidades sociales y acontecimientos violentos, con los cuales les nutre la prensa sensacionalista. Cuando en un seminario sudamericano sobre los problemas culturales interamericanos, mencioné que en los Estados Unidos hay hasta obispos, generales y millonarios negros, mis colegas "latinos" casi no querían creerlo. A la vez me informaron que tales ocurrencias todavía estaban fuera de la órbita de concebirse en Sudamérica, debido a la pasividad negra y otras circunstancias que preferían no mencionar.

Desde luego, los hechos del evidente progreso negro indicados arriba, no comprueban que la situación general de la población negra en los Estados Unidos sea del todo satisfactoria. Pero tampoco lo es de algunos sectores de la población blanca, hecho al que, a veces, no se hace caso. Si no fuera así, no se habría establecido hace tiempo ya varios programas federales, como la "guerra contra la pobreza", de "renovación urbana", la ley "sobre la igualdad de empleo" y otros programas semejantes. Por medio de estas medidas legales, las autoridades de Washington piensan erradicar las desigualdades existentes entre los sectores menos afortunados de la población. Nadie niega la *crisis* en las relaciones interraciales que existe en los Estados Unidos desde hace algunos años y la cual es combatida por el gobierno federal norteamericano. Para tal fin se ha movilizado la cooperación indispensable de los círculos industriales y comerciales del país. Son pasos éstos que tienden a combatir la *desigualdad ocupacional* que es, a menudo, fruto de las deficiencias educativas y del adiestramiento técnico. Desde luego, el mayor obstáculo que tienen que vencer los negros y otros grupos minoritarios procedentes de las regiones rurales, es el penoso ajuste a la moderna vida granurbana, lo cual les facilitaría una mejor integración comunitaria.

Las relaciones interraciales en el Nuevo Mundo no son lo que deberían ser. Los prejuicios contra los negros existen tanto en Angloamérica como en Latinoamérica, aunque difieren en su forma e intensidad. El antropólogo hispanoamericano, doctor Juan Comas, los examina en un estudio a base de los resultados de investigación, obtenidos por varios peritos en la materia.⁵ Dicha

⁵ COMAS, Juan, *Relaciones inter-raciales en América Latina, 1940-1960* (México, 1961), pp. 29-31.

obra esparce una interesante luz sobre las actitudes sociales hacia los negros en el Brasil, que tiene más población de ébano que todos los países de Hispanoamérica en conjunto. Las investigaciones al respecto merecen tanto más atención como que comparan con frecuencia la actitud hacia los negros en los Estados Unidos. Es quizá más conveniente citar aquí las opiniones de los experimentados antropólogos sudamericanos que las de los expertos norteamericanos, aun cuando no pocas veces coincidan entre sí.

Según el investigador brasileño, Costa Pinto, el prejuicio racial existente en el Brasil difiere sólo en cuanto a sus menos marcada frecuencia del que se observa en los Estados Unidos. Otro antropólogo carioca, Oracy Nogueira, sostiene que se trata no de la diferencia de intensidad, sino de calidad. Según Nogueira, lo que se observa en el Brasil es "*prejuicio de marca*", es decir, cuando el prejuicio se ejerce en relación con la apariencia física del individuo. Mientras tanto, lo que se nota en los Estados Unidos, Nogueira lo define como "*prejuicio de origen*", es decir, que basta la suposición de que el individuo descienda de un determinado grupo étnico, aun sin existir marcadas diferencias externas. Otro antropólogo, D. Ribeiro, quien por encargo de la UNESCO ha estudiado la situación étnica y socioeconómica del nordeste del Brasil, dice que "el prejuicio contra los negros y mulatos existe y se manifiesta en las clases media y superior, amparándose en estereotipos referentes a la inferioridad racial y cultural de los negros, y expresándose en resistencia a la misceginación", o sea, la mezcla racial.

Según Comas, también en las naciones del Caribe se mantiene una fuerte *conciencia de color*, aunque en varios grados de intensidad. Tal conciencia existe entre los blancos y negros, así como entre los mulatos y negros. Se la nota, sobre todo, en la república negra de Haití, donde el conflicto mulato-negro está muy acentuado e incluye el desprecio del mulato de sus progenitores negros. En las Antillas Británicas, como afirma el antropólogo chileno Alejandro Lipschutz, "el burgués mulato desprecia al obrero negro y le encuentra los mismos defectos que el mestizo indoamericano anota en el indio". En la República Dominicana, que tiene una preponderante población mulata, según constancias investigadoras, el prejuicio racial es mínimo. La discriminación no está ausente en los países sudamericanos, donde abarca tanto a los negros como a los indios, pero difiere en intensidad y condiciones locales, de un país a otro. Según parece, las actitudes discriminatorias hispanoamericanas se manifiestan en forma de una mezcla de paternalismo y la convicción acerca de las limitadas habilidades de los negros para otras tareas que las manuales, y dentro de ellas, en el restringido sentido de su responsabilidad. Dicha actitud aparece, a veces, abierta y, otras veces, disimulada. Desde luego, tal postura excluye a los contados intelectuales y profesionales negros, tratados bien por la mayoría

mestiza y criolla. Esta manifestación de compañerismo y sociabilidad se nota en varias latitudes geográficas del Nuevo Mundo, inclusive la estadounidense.

El agudo problema racial de los Estados Unidos es a menudo el tema favorito en el ambiente de Latinoamérica, donde hay muchos censores de los "gringos". Lo curioso, empero, es que el problema negro e indio en los países latinoamericanos reciba poca atención práctica, casi como si no existiera. Y todo el mundo sabe que existe y es muy grave, sin tratarse de resolver como lo hacen en los Estados Unidos. No sabemos, por qué hay tanta inercia al respecto. Hablando de las discrepancias raciales entre el norte y el sur, no nos parece exagerado sugerir que, en general, la situación económica y educativa de la mayoría negra estadounidense es mucho más ventajosa que la de la mayoría indígena hispanoamericana. En tal respecto, hay que señalar, sobre todo, a los países andinos donde los indios viven prácticamente al margen de la vida nacional. Tampoco es buena la situación de los negros en varios países de Latinoamérica donde, por lo general, se dedican a los trabajos reservados para la clase más baja, lo que no les permite su rehabilitación socioeconómica. Viviendo, en su mayoría, en extrema pobreza y resignación, los negros sudamericanos tienen muy limitadas oportunidades para mejorar sus condiciones, que los condenan a una vida marginal de sus respectivos países.

Pese a tales circunstancias, en la literatura de Hispanoamérica y Angloamérica no faltan novelas, que presentan la *temática negra* con mucha comprensión. Sus autores despliegan, a menudo, una mejor percepción de las desigualdades raciales que sus respectivas sociedades o gobiernos. Parece que el valor mágico de la palabra escrita penetra a veces, en el corazón humano más fácilmente que los mandatos oficiales, sirviendo así de útil instrumento para la movilización psicológica de sus pueblos. Entre las novelas de este tipo vale la pena mencionar *Uncle Tom's Cabin* (1852) de Harriet Beecher Stowe. Dicha narración, al describir las iniquidades sociales sureñas que resultaban de la esclavitud, inflamó hace más de un siglo la opinión pública yanqui hasta tal punto que precipitó la guerra civil, por medio de la cual se logró la abolición. Desde entonces y, sobre todo, en nuestra época, la temática negra constituye una seria preocupación de la literatura norteamericana. Lo atestiguan las novelas de conocidos autores blancos como William Faulkner, Harper Lee, Sinclair Lewis, Warren Miller, Robert Peen Warren, John Howard Griffin, Lilian Smith y Sarah Patton Boyle. Las complejas relaciones humanas entre las razas y sexos, así como las aspiraciones negras, las exponen con igual habilidad los escritores negroamericanos como Ralph Ellison, Richard Wright, James Baldwin, Le Roi Jones, William Edward Dubois, James Weldon Johnson y William Levlín Kelley. En la ficción narrativa de todos escritores, sin

distinción étnica, aparece el fondo social sureño como norteño, rural al igual que metropolitano.

Hispanoamérica no se queda atrás en exponer las dramáticas condiciones de la vida negra, en su propio seno. Cronológicamente, los iniciadores de la novela negra sudamericana fueron los autores mestizos o criollos, como el ecuatoriano Demetrio Aguilera-Malta con su *Don Goyo* (1933), el cubano Alejo Carpentier con *Ecué-Yamba-O* (1933), el colombiano Bernardo Arias Trujillo con *Risaralda* (1935), el venezolano Rómulo Gallegos con *Pobre negro* (1937) y el ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco con *Baldomera* (1938). Los motivos negros aparecieron, desde luego, en la ficción hispanoamericana con una anterioridad que se remonta hasta mediados del siglo XIX. Eran éstos, sin embargo, motivos en su mayoría fragmentarios.

Entre las novelas de los escritores negros contemporáneos, que son pocos, se destacan las siguientes: *Over* (1939) del dominicano Ramón Marrero Aristy, *Juyungo* (1943) del ecuatoriano Adalberto Ortiz, *Nochebuena negra* (1943) del venezolano Juan Pablo Sojo, *Tierra mojada* (1947) del colombiano Manuel Zapata Olivella, *Las estrellas son negras* (1949) del colombiano Arnoldo Palacio Mosquera, *Cumboto* (1950) del venezolano Ramón Díaz Sánchez, y *El paraíso* (1958) del ecuatoriano Nelson Estupiñán Bass. Notables son también las novelas del puertorriqueño Enrique A. Laguerre sobre una extraordinaria variedad temática. Algunas de estas novelas "negristas" no difieren en calidad de la narrativa de los mejores escritores sudamericanos. Se adentran en las complejidades raciales de su ambiente con mucha autenticidad. Lamentablemente, dichas obras, por ser poco accesibles, apenas se las conoce fuera de sus respectivos países y, a veces, aun dentro de ellos.

Los negros, a través de vivir en América varios siglos, dejaron en su ambiente muchas influencias, descritas a veces en las novelas. Es pertinente decir aquí que la tradición cultural-costumbrista africana es mucho más extensa en Latinoamérica que en los Estados Unidos. Tal ocurrencia se debe a que los negros pudieron cultivar su tradición ancestral con menos obstáculos allí donde vivían en grupos densos y homogéneos. Mientras tanto, la herencia africana se debilitó en las regiones en que los negros estaban sometidos a la aculturación más o menos intensa. Así, en las fajas costeras de Sudamérica todavía hay numerosas comunidades negras, donde la retención de los rasgos africanos es muy evidente, sobre todo, en Colombia, Ecuador y Venezuela, también en las Guayanas y en las islas del Caribe. Es allí donde supimos que la preferencia de vivir en las costas tropicales fue eco de la primigenia añoranza negra en volver a sus países ancestrales, la cual se desvaneció con el transcurso del tiempo.

Según asegura Aquiles Escalante en su obra *El negro en Colombia* (Bogotá, 1964), las influencias africanas se manifiestan en la costa colombiana en los vocablos denominados "afrocolombianismos" y en la música, así como en las máscaras de carnaval, instrumentología y ciertos hábitos funerarios, que acusan paralelismo con los de África Occidental. Interesante es, sobre todo, el caso de la música negra, la cual según observa Zapata Olivella, conserva su carácter ancestral más en la costa colombiana del Caribe que en la costa del Atlántico, donde ya ha sido sometida a las influencias españolas. Dicho investigador escribe también el origen africano a ciertas costumbres y terminología pesquera, prevalecientes todavía entre los negros colombianos. También el etnólogo caraqueño, Miguel Acosta Saignes, en su obra *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (Caracas, 1967), dice que los africanos defendieron siempre su música y sus cantos, que aún enriquecen al folklore venezolano. Los representan todavía, con gran alegría y no pocas bebidas, durante las fiestas religiosas de San Juan, y de San Pedro y San Pablo. Como se sabe, Pedro Claver, apóstol de los negros en la antigua Nueva Granada, goza entre ellos de culto especial. La obra de Acosta Saignes contiene valiosa información sobre las costumbres negras respecto a su matrimonio, festejos y cofradías, faenas agrícolas, mineras y pesqueras, también sobre la variedad de castigos que hacían a los esclavos escaparse y vivir en los "cumbes" como cimarrones o sea prófugos.

Los negros, a pesar de estar desarraigados de su suelo africano durante varios siglos, nunca se apartaron de su patrimonio ancestral, en el cual veían la fuente de su cohesión espiritual y fraternidad. Tal fenómeno quizá explique su *instinto etnocéntrico*, que les ayudaba a sobrevivir la amargura de la esclavitud, ya que no podían fiarse de otros grupos étnicos. Indudablemente añoraban a sus patrias y pensaban regresar a ellas, lo cual explica la conspicua concentración de densas comunidades negras en las costas de varios países latinoamericanos. La herencia africana tiene varias formas. Según Wagley y Harris, las influencias africanas entre los negros del Nuevo Mundo se manifiestan en la estructura de su vida familiar, los hábitos laborales, la música, el folklore y la religión. A estas características se pueden añadir algunas influencias lingüísticas e inclinaciones hacia lo mágico, así como la preferencia negra por los colores alegres de su indumentaria, rasgos señalados por otros investigadores.

Los negros imponían, a veces, las costumbres africanas a su nuevo ambiente americano mediante sus tareas, que se desprendían de la esclavitud y las cuales habían sido voluntariamente aceptadas. De tal manera, los africanos, "conquistaron" el Brasil colonial mediante la cocina, el baile y la música, elementos que, en varios grados, llegaron a ser parte de la tradición folklórica brasileña.

Retuvieron también, en el seno latinoamericano, varias creencias mágicas y supersticiones de carácter mitológico, las cuales no raras veces están mezcladas con sus prácticas de carácter religioso. Otros rasgos negros que llaman la atención son la rítmica de movimiento que se manifiesta a través de los bailes, el lirismo que se nota tanto en la música como en la poesía, al igual que el sentido de plasticidad, la inmensa imaginación en contar cuentos fantásticos y la tendencia hacia la grandilocuencia.

Varios de los rasgos señalados se conservan todavía entre los negros norteamericanos, quienes muestran una sensibilidad extraordinaria para la música, danzas y canciones. Sus inimitables "blues" y "spirituals" ya se han incorporado a la tradición angloamericana, al igual que el famoso jazz que logró la fama internacional. No menos notables son también algunas contribuciones negras al campo de las ciencias. Fue el científico agrícola, George Washington Carver, quien derivó varios comestibles de cacahuates y de semillas de soja, facilitando así víveres baratos para millones de gente. Dos conocidos personajes negros han sido galardonados con Premio Nobel por sus labores en favor de la paz: Ralph Bunche (1950), jurista y subsecretario estadounidense de las Naciones Unidas, y el reverendo Martin Luther King (1964), líder de la lucha pacífica por los derechos políticos para los negros, comparado con Mahatma Gandhi. De considerable impacto son, además, los modales negros, que se sobrepusieron en la pronunciación del idioma inglés de la población sureña y los cuales constituyen hoy parte de la realidad lingüística de ese sector de los Estados Unidos. Notable es también el liderazgo clerical utilizado en reclamar los derechos civiles negros, cuyo símbolo se hizo la Southern Christian Leadership Conference, fundada en 1957.

Entre los intelectuales negros se nota resentimiento cuando sus coterráneos blancos hablan de la cultura negroamericana como de una "subcultura" de los Estados Unidos. Según ellos, la contribución negra es semejante a la de otros grupos étnicos estadounidenses, lo cual afirma la integración negra en el horizonte civilizador angloamericano. Las manifestaciones culturales negroamericanas llegaron a ser, en los últimos años, objeto de estudios en varias universidades estadounidenses, y son conocidos como *Black Studies*. Sin embargo, hay también un sector de la joven intelectualidad de color que iza la bandera del *nacionalismo negro*, atándolo con las raíces africanas, por cuya razón esos jóvenes prefieren llamarse afroamericanos. Entre aquellos jóvenes muy de moda están ahora el peinado a la africana, el uso del *dashiki* y otras manifestaciones indumentarias del continente negro.

Desde más o menos la Segunda Guerra Mundial empezó a vislumbrarse en las actividades negras del Caribe una conciencia de comunidad espiritual con raíces africanas, llamada *négritude*. Aplicada originalmente al arte popular

negro de las Antillas Francesas en el que se ve la inspiración ancestral de África, la *négritude* se transformó gradualmente en una doctrina de tipo cultural y artístico. La palabra "négritude" fue utilizada por primera vez por el poeta martiniqués Aimé Césaire en su *Cahier d'un retour au pays natal* (París, 1939). Como doctrina fue elaborada por el mismo Césaire, el senegalés Sédar-Senghor, el haitiano Jacques S. Alexis, León Damas de la Guayana Francesa y otros. La *négritude*, o sea, *negrismo*, se hizo símbolo de reivindicación de los valores artísticos y folklóricos negros, frente al desinterés que la cultura blanca occidental mostró hacia estos valores.

Según G. R. Coulthard, tal vez no es de extrañar que la *négritude* o *negrismo* naciera en América, mejor dicho, en las Antillas, donde la población negra y mulata convivió con la cultura europea, aunque se quedase extrañadamente apartada de muchos de sus conceptos. Era, pues, un caso de alienación psíquica que hubo de sustituir con algo que fuera emocionalmente más atrayente y que contrapesase el sentido de la inferioridad negra, resultante de las prácticas coloniales y neocoloniales. Por eso, el concepto de espiritualidad negra encarnada en el *negrismo* en el sentido raizal, halla ahora partidarios en varios países americanos y europeos. Hay quienes ven en el *negrismo* una semejanza con el *indigenismo* hispanoamericano, ya que las dos tendencias comúnmente tienden a rehabilitar ambos sectores étnicos del abismo histórico-cultural (los negros y los indios), aun cuando entre ellos haya más divergencia que similitud civilizador-costumbrista.

El escritor ecuatoriano Adalberto Ortiz dice que la *négritude*, que él llama también *negritud* y *negrez*, rechaza el pasado, porque éste conlleva la connotación de esclavitud y alienación. Para él, la *negritud* "no es un fenómeno pasajero, ya que nos ha restablecido la legitimidad de pertenecer a la cultura africana, al igual que somos parte también de la cultura hispanoamericana y la indoamericana". En su reciente ensayo *La negritud en la cultura latinoamericana* (Quito, 1972), Ortiz afirma que la espontaneidad de la *negritud* constituye una manifestación de gozo, casi sexual, con la naturaleza. Es una buena incitación a vivir en reacción a largos padecimientos y desgracias. Como ideólogo sudamericano de esta tendencia étnico-cultural, dicho autor reflexiona sobre ella de una manera seria y equilibrada: "Viéndola con menos dogmatismo, la *negritud* para nosotros, los americanos, no puede ser ya un 'Retorno al África', ni una exagerada apología de la cultura africana, sino más bien un proceso de miscigenación étnica y cultural de este continente". Ortiz añade también que ello puede apreciarse, "no solamente en las manifestaciones somáticas del mestizaje, sino también en cierta corriente literaria y muy poderosamente en la música popular, en las creencias y supersticiones de los campesinos negros".

Hay varios estudios sobre los negros del Nuevo Mundo, algunos de hondura continental, que los tratan en sus aspectos históricos, culturales y sociológicos. Entre ellos vale la pena mencionar *Los negros esclavos* (1916) de Fernando Ortiz, *Las culturas negras en el Nuevo Mundo* (1937) de Arthur Ramos, *Casa Grande e Senzala* (1934) de Gilberto Freyre, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* (1944) de Gunnar Myrdal, *Slave or Citizen. The Negro in the Americas* (1947) de Frank Tannenbaum, *Minorities in the New World* (1958) de Charles Wagley y Marvin Harris, y *La esclavitud en Hispanoamérica* (1964) de Rolando Mellafe, para señalar sólo algunas obras.

Debido a la mezcla étnica que se ha consumado en diferentes partes de América, es algo difícil determinar ahora la población negra en cifras redondas. Sin embargo, hay estadísticas de la *población negroide* que comprenden a los negros como a los mulatos, y, posiblemente, a los que Mellafe llama afroestizos. De las tablas estadísticas empleadas por Harris,⁶ se puede señalar que mientras la población negroide en los Estados Unidos abarca alrededor de 10 por ciento o más, la del Brasil oscila entre 31 y 40 por ciento, y la de las Guayanas entre 51 y 60 por ciento. En los países sudamericanos la proporción de la población negroide en relación con la población caucasoide varía de país a país, siendo para Venezuela del 31 a 40 por ciento, para Colombia del 21 a 30 por ciento, y en el Ecuador oscila entre 0 y 10 por ciento. En tanto, la proporción de la población negroide en la América Antillana presenta las siguientes cifras: Puerto Rico y Cuba, entre 41 y 50 por ciento respectivamente, mientras que la Hispaniola, Jamaica y las Bahamas ostentan entre 91 y 100 por ciento del total de la población, contándola para cada entidad geográfica.

⁶ HARRIS, MARVIN, *Pattern of race in the Americas* (New York, 1964), pp. 130-131. Debido al constante aumento natural de la población, dichas estadísticas tendrán que ser periódicamente revisadas.

LA ACADEMIA DE DERECHO AGRARIO

DR. LUCIO MENDIETA Y NUÑEZ
Presidente de la Asociación Mexicana
de Sociología

LA ACADEMIA DE Derecho Agrario, de la Asociación Nacional de Abogados, fue fundada por un ilustre jurista, el señor licenciado Antonio Díaz Soto y Gama que tuvo a su cargo la presidencia de la misma. Él me hizo el honor de nombrarme vice-presidente y no sólo por esta circunstancia que comprometió mi reconocimiento hacia él, sino porque se trata de una de las figuras intelectuales y morales más grandes de la Revolución Mexicana, de un hombre, en la íntegra acepción de la palabra, que dedicó toda su vida al servicio de los campesinos de México; es necesario y justo recordarlo en este momento en que la mencionada institución renace bajo el signo de sus ideales.

Llevó la Academia de Derecho Agrario, en un principio, existencia precaria por diversas circunstancias que no es del caso mencionar; pero principalmente porque la quebrantada salud de su animador le impidió transmitirle la energía de su carácter y guiarla con su sabiduría y los impulsos de su corazón generoso. Cuando se fue de este mundo para convertirse en un prestigio de la historia de su patria, la academia quedó prácticamente desintegrada y así permaneció largo tiempo, como si, tácitamente, sus integrantes de entonces hubiesen querido guardar, en la inactividad y el silencio, una especie de sentido homenaje a su memoria. Ahora, gracias al talento y al dinamismo admirables de los dirigentes de la Asociación Nacional de Abogados, señores licenciados Miguel Alemán, doctor Luis Garrido y licenciado Juan González A. Alpuche, la Academia de Derecho Agrario ha sido reorganizada y aun cuando inmerecidamente, me ha tocado el honor de presidirla en esta segunda etapa de su vida institucional. Seguramente no sería capaz de realizar tan importante cometido por dos razones: la primera porque es una tarea que rebasa mis fuerzas y mis posibilidades personales y la segunda porque después de más